

CRONICAS

I

El Séptimo Misterio del Paludismo

Por el Dr. FELIX MARTI IBANEZ

Centenares de sabios procedentes de 60 naciones van a reunirse en Washington durante una semana, el próximo mes de mayo, para tratar de arrancarle a un parásito palúdico oculto en el cuerpo humano el secreto de su invisibilidad. Por segunda vez en diez años van a celebrarse aquí conjuntamente, como en 1938 lo hicieron en Amsterdam, dos Congresos Internacionales: de Paludismo y de Enfermedades Tropicales. Bajo el patrocinio del Departamento de Estado de los Estados Unidos, 60 naciones reunirán sus mejores cruzados médicos para arrebatarse a las plagas tropicales su secreto en una victoria final del laboratorio sobre la selva.

El gran problema a debatir, el séptimo misterio del paludismo, (ya solventados los seis problemas del agente causal, la transmisión, el diagnóstico, el pronóstico, la profilaxia, y el tratamiento), es un enigma médico cuya solución arrancará su secreto a una esfinge, que durante medio siglo ha sonreído irónicamente frente a los vanos esfuerzos y los dolorosos errores de los cruzados de blanco.

El paludismo, la más grande amenaza mundial, aún causa más de cien millones de víctimas anuales y de un millón de muertes en la India, más de cinco millones de víctimas en Rusia, y hasta seis millones de casos en los Estados Unidos, siendo uno de los motivos de que el Africa fuera tantos años un maligno y misterioso continente para el hombre blanco. Casi un tercio de la población del planeta padece de malaria, siendo ésta la principal enfermedad infecciosa humana que, sobre las alas de 90 tipos diferentes de mosquitos anófeles, asestó el golpe mortal a la dorada civilización griega primero y al Imperio romano después, derramándose en marea mortal por Europa y Africa, diezmando las expediciones coloniales españolas, obstaculizando la colonización de Nigeria y la construcción del canal de Panamá, derrotando a las fuerzas británicas en sus campañas macedónicas, y haciendo caer con sus defensores a Bataán en la pasada guerra, torciendo así esta plaga infinidad de veces el curso de la Historia. Los nuevos agentes antipalúdicos y el D. D. T., han vencido ya parte de la batalla contra el paludismo. Mas, todavía restan infinidad de problemas por resolver, y el principal es un misterio que aún intriga a la opinión médica internacional. Hasta el siglo XIX la historia del conocimiento del paludismo se resume en la atribución de su causa con los Asirios a demonios; con Hipócrates en Grecia y con Galeno en Roma, a miasmas; y con el jesuita Atanasio Kirschner, a gérmenes. En 1887, el cirujano francés Alfonso Laverán, vió en Argel un parásito vivo en los glóbu-

los rojos de la sangre de un soldado palúdico. El genio británico de la Medicina tropical, Sir Patrik Manson-Bahr, demostró en 1894 que los mosquitos transmitían el paludismo, y otro cirujano inglés en la India Sir Ronald Ross, arrancó finalmente en 1897 a las paredes del estómago de un mosquito el secreto de las extrañas transformaciones que el parásito palúdico experimenta antes de ser inoculado al hombre.

Más entonces acaeció un fabuloso error médico, y fué que en 1902 el parasitólogo Schaudinn creyó haber visto a los esporozoítos — o sea la forma del parásito inyectada al hombre con la saliva de los mosquitos — penetrar directamente en los glóbulos rojos de la sangre. Este exceso de imaginación que llevó a Schaudinn incluso a dibujar lo que creyó haber visto, se aceptó como artículo de fe más de 50 años. La observación clínica reveló que el proceso se desarrollaba en realidad de modo diferente: Un mosquito anófeles, infectado de paludismo pica a un individuo sano. Hasta los seis a ocho días después el individuo sigue normal. No tiene síntomas. Si se le examina la sangre no se ven en ella los parásitos (esporozoítos) palúdicos inyectados por el mosquito y su sangre, durante este plazo, no es contagiante si se inocula (por otro mosquito o por inyección) a un sujeto sano. Como a los 8 días la infección estalla clínicamente, y el individuo queda postrado, con fiebre, escalofríos y sudores. Desde entonces, su sangre se hace contagiante. Ahora bien, si es que los esporozoítos inoculados por la picadura del mosquito fueran directamente a la sangre como antes se creía, la víctima de la picadura enfermaría en el acto. Al no suceder así, sería lógico pensar que los parásitos no estaban en la sangre. Para averiguarlo, durante esta fase-misteriosa y silenciosa del mal, se les examinó la sangre a los pacientes hasta poder afirmar rotundamente que durante la primera semana después de inoculados no contenía los parásitos. Entonces, se sometieron al microscopio los tejidos orgánicos, las células de todas las partes del cuerpo humano infectado, para buscar los parásitos. Y con estupor se observó que los parásitos habían desaparecido en algún remoto rincón del organismo humano. Se usó la microfotografía, y finalmente el microscopio electrónico. Inútil. Los parásitos, como a la media hora de haber sido inoculados por la picadura del mosquito o experimentalmente, se invisibilizan por espacio de una semana al ojo humano y al microscopio, escondiéndose silenciosos en alguna oculta ciudadela orgánica, para reaparecer a los 6 a 8 días en plena agresividad, invadir otra vez la sangre y causar entonces el ataque palúdico. Es como si se inyectase en el cuerpo una máquina mortífera, que pocos minutos después de introducida se autodismontara en mil piezas invisibles para recomponerse por sí sola a los 6 u 8 días e iniciar entonces su ataque contra el organismo humano.

Los más famosos parasitólogos del mundo, tras 50 años de búsqueda, han fracasado en descubrir el misterio de "la semana perdida" del esporozoito palúdico, el secreto de su temporal invisibilidad. Mas como quiera que en esa semana no sólo es invisible sino inatacable por

los tratamientos, el problema se complica y se hace más imperioso. Mientras no se sepa dónde está oculto el parásito y cuál es el misterio de su invisibilidad, no se podrá descubrir una droga que le ataque en esa fase y sirva para la profilaxis causal del paludismo, o sea la prevención de que los parásitos lleguen a penetrar en los glóbulos rojos de la sangre.

El misterio ha sido resuelto en parte, y en ciertos animales, por un inglés, Davey, y dos norteamericanos, Coulston y Huff, en el paludismo de los lagartos, polluelos y canarios. Inyectando las glándulas salivares —repletas de parásitos palúdicos— de 300 mosquitos, en la piel del ala de un canario o polluelo, observaron que los esporozoítos penetraban a la media hora de circular por la sangre, en las delicadas células endoteliales que revisten los capilares del hígado, bazo y médula ósea, donde se transformaban en unas formas raras, que llamaron criptozoítos, para desde allí metamorfosearse otra vez al cabo de una semana en los esporozoítos invasores de la sangre. Pero en el hombre todavía no ha sido posible ver si este proceso es similar, y aún los parásitos palúdicos siguen invisibles para el ojo humano durante la misteriosa semana que pasan en su escondrijo orgánico. Pasados esos 6 u 8 días, termina el sueño parasitario y la infección reverdece.

El problema de la invisible fase oculta, tisular, de los parásitos palúdicos, previa a su invasión de los glóbulos rojos humanos, el séptimo secreto del paludismo, va a ser uno de los principales temas a debatir en el próximo Congreso. Confiamos que juntos, los caballeros Galahad de la Medicina Tropical lleguen a desbrozar su camino hacia la luz, a través de las oscuras selvas microscópicas pobladas de gérmenes y palpitanes de misterio.

II

El Velo se Descorre

Por el Dr. FELIX MARTI IBANEZ

Hace unas semanas que un inglés que parece escapado de un cuento de Somerset Maugham, de cara a grandes planos, canoso, los ojos como dos uvas pasadas y que anda tan erguido como sólo saben hacerlo los hombres pequeños, ha descifrado el séptimo secreto de la esfinge del paludismo.

Yo le escuché, cuando ante los médicos reunidos en el IV Congreso de Paludismo y Enfermedades Tropicales en Washington el Coronel H. E. Shortt le arrancó a Isis su último velo, al anunciar cuál era el
